
DE ARTE

CÓDICES

I

LÁSTIMA grande que no encontremos hoy en nuestras bibliotecas códices escritos en España durante la Edad Antigua; pero aunque no tengamos ejemplar alguno de esta época, sabemos por datos que nos suministran manuscritos de la época romana, que durante esta Edad alternó en España la forma de libro (códice) con la de rollo volumen.

Cuando se escribían obras literarias, la letra que se usaba por los autores para los originales era la cursiva, y la inicial y la capital por los copistas.

Los libreros compraban a los autores la propiedad de sus obras, las cuales estaban escritas sobre planchas enceladas, y se enviaban al copista como hoy, se llevan al impresor. Este copista elegía los escribientes más hábiles, y después de entenderse con el editor acerca del número de ejemplares que había que hacer y del precio, reunía a sus auxiliares y empezaban la obra. Los talleres donde se hacían las copias eran espaciosos, y en el centro de ellos se elevaba una tribuna, y en torno de ella se colocaban las mesas y bancos para los escribientes. Cuando el que dictaba empezaba a leer en alta voz lo que las planchas contenían, todos lo copiaban, y a medida que iban acabando pasaban los escritos a manos de revisadores, que los leían detenidamente y corregían las faltas. Cuando todas las copias estaban terminadas, se remitían a los esclavos para que las fueran pegando unas a otras y formar así los volúmenes.

Generalmente cada una de las partes en que la obra se dividía formaba un volumen, así es que las obras tenían tantos de éstos como partes la formaban..

Si una obra se creía que iba a alcanzar gran éxito, el contratista organizaba el trabajo de manera que la copia se emprendiera simultáneamente en distintos talleres, para lo cual a medida que iban terminando las tablas en uno, las enviaban a otro, y así sucesivamente.

Desde el siglo III muchos eclesiásticos se dedicaron a la escritura de códices.

Cuando Orígenes emprendió la revisión del Antiguo Testamento, San Ambrosio le envió algunos diáconos ejercitados en la Caligrafía para que le sirvieran de copistas.

Desde principios de la monarquía visigoda a la conversión de Recaredo, hubo dos clases de códices escritos con caracteres ulfilanos y romanos. El códice más antiguo que hoy se conoce es un palinseo descubierto en el archivo de la catedral de León, escrito en el segundo tercio del siglo VI, conteniendo el Código de Alarico, llamado el breviario de Aniano.

En la biblioteca de Upsal existe un precioso libro conocido con el nombre de Códice Argentino; contiene la versión gótica de los evangelistas, hecha por el obispo Ulfilas y está escrito todo él en caracteres de plata hecho sobre vitela purpúrea.

En la época de los monjes, cuando hubo gran renacimiento literario, muy pocos códices han llegado hasta nosotros, la mayor parte conservados en la Biblioteca de El Escorial. Del siglo VIII son muy escasos y lo mismo del IX, los más notables son «Las etimologías», en dicha Biblioteca; una Biblia latina que se conserva en la Universidad Central y un Fuero juzgo en la Biblioteca Nacional. Negar la existencia de viñetas en los manuscritos conservados en los archivos y bibliotecas de España, sería negar el estado de civilización que la sociedad española alcanzaba durante la Edad Media.

Recordando que se había podido heredar el gusto y el carácter de la bibliografía romana, Ovidio nos demuestra el lujo en los adornos de los manuscritos, cuando se lamenta de que el título de su libro no esté escrito con bermellón o minio ni reciba otros pulimentos.

Podrá comprenderse la posibilidad de lujo bibliográfico en adornos y pinturas de los antiguos manuscritos, no olvidando que primero la legislación visigoda y después las relaciones con los árabes y los bizan-

tinios, fueron ya de por sí motivos más que suficientes para sobresalir prontamente de las tinieblas del bajo imperio.

La España monástica fué la que fomentó el gusto por los adornos y miniaturas de los códices. De la época de la reconquista datan los primeros monumentos del arte decorativo, existiendo todavía numerosos ejemplos de adornos paleográficos, letras iniciales, rasgos peregrinos, flores, follaje y frutos, como pueden verse en los códices más antiguos de nuestras grandiosas basílicas y catedrales.

Cuando los libros manuscritos del siglo X ejecutados en Francia y adornados con miniaturas eran muy raros, se habían escrito ya en España los célebres códices Vigilano y Emilianense, que son dos verdaderas joyas de este arte. El código llamado Vigilano por haberle escrito Vigila, monje del monasterio de San Martín de Avela, junto a Logroño en el año 976, con auxilio de su compañero Sarracino y su discípulo García, contiene todos los concilios, desde el primero de Nicea hasta el décimoséptimo Toledano, y muchas cartas pontificias, y de santos, con otras antigüedades eclesiásticas. Este código fué regalado por el conde Buendía a Felipe II, está escrito en minúscula cursiva e ilustrado con miniaturas; y el conocido con el nombre de Emilianense, por haber estado en el monasterio de San Millán, escrito en 994 por un presbítero llamado Velasco; reúnen estos códices tal limpieza, elegancia y hermosura en sus caracteres, en sus adornos y viñetas, que parece increíble no sean muy posteriores a tan remota época.

Ambos códices están escritos en pergamino como otros muchos que se conservan en la biblioteca de El Escorial.

A. DELGADO CASTILLA

DE ARTE

CODICES

II

De los preciosos manuscritos que se encuentran en la biblioteca del monasterio de El Escorial, podemos citar el Códice Áureo, joya de las mas preciadas, escrito todo él en oro por mandado del emperador Conrado y concluido en tiempo de su hijo don Enrique, en el año 1090. Tiene 168 hojas, en que se emplearon 17 libras de oro. Los devocionarios de Carlos V y su esposa doña Isabel, los de Felipe II, Felipe III y otros; un capitulario, el Sarterio de la Orden de San Agustín, escrito en el siglo XIII; la Biblia en hebreo, manuscrito muy antiguo; las Cantigas de don Alfonso el Sabio; el Apocalipsis de San Juan, un Alcorán, códice también precioso por el trabajo que revela, y otros varios de menor importancia, estando casi todos profusamente iluminados.

Posteriormente, cuando la nobleza castellana llegó a ser émula de la clerecía, y preponderando en la reconquista aceptaba nuevos gérmenes de civilización, entonces se generalizó también el gusto para los adornos, dibujos y viñetas en los libros, haciéndose una verdadera necesidad de la época.

En cualquier archivo o biblioteca de España se encuentran joyas artísticas paleográficas, no sólo nacionales, sino extranjeras; porque la grandeza de muchas casas, la esplendidez y cultura de muchos magnates, facilitaba la adquisición de manuscritos iluminados elegantemente, y no poseyendo a veces sus sucesores el mismo gusto que los antepasados por haber entrado con el arte de la imprenta una nueva era para

los libros, legábanse los códices a las bibliotecas, o se compraban por las mismas, prestando así con su conservación un verdadero servicio a la Arqueología y las Bellas Artes.

La Biblioteca de El Escorial, la Nacional y otras muchas conservan verdaderas preciosidades de esta clase de códices.

En la Biblioteca nacional existe la Biblia Mozárabe de Toledo, las vidas de los santos padres y sentencias de San Isidoro, Breviarios góticos Toledanos, el llamado El Beato, el de Astrología, el Homero romanceado, el Misal rico del Cardenal Cisneros, que se compone de quince tomos y cuyas páginas en pergamino están cuajadas de pinturas y artísticas letras capitulares, y del cual tuve el honor de hacer una copia de una de dichas páginas a tamaño reducido, que, presentada entre otros numerosos trabajos caligráficos en la Exposición de Arte e Industrias de Almería, tuvo la honra de que fueran premiados con medalla de oro. Las Cántigas de Alfonso *el Sabio*, que también están ilustradas con numerosas viñetas, en donde se ven los trajes, las armas, los muebles, los utensilios, los instrumentos músicos, por los cuales se conocen los usos y costumbres de tan remotos tiempos.

El mismo don Alfonso mandó escribir en Sevilla los famosos libros del Ajedrez, de los Dados y de las Tablas, atestados materialmente de viñetas, que representan las diversas suertes de los juegos, y los trajes de las diferentes clases de sociedad de aquella época.

Los siglos XIII, XIV y XV fueron los más ricos en códices, de los cuales merecen mencionarse la colección del Arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio, la del marqués de Villena, y el poema del Cid, de don Alejandro Pidal.

En el archivo de la Secretaría de Girona existe una biblia manuscrita, precioso monumento caligráfico del siglo XIII escrito en folio en dos columnas con caracteres muy bien trazados de indisputable mérito; separan las columnas un estrecho y elegante dibujo en colores, cuyos tonos azul y rojo sobre fondo ya de plata, ya de oro, se conservan tan frescos, que parece imposible date este libro de época tan remota.

Las figuras que más se distinguen por su conjunto artístico, son las que representan a Judit cortando la cabeza a Holofernes, la de Herodías presentando en una fuente de plata la ensangrentada cabeza de San Juan Bautista, y otras varias figuras del Apocalipsis que están trazadas con gran maestría. También tiene algunas figuras microscópicas cobijadas por las letras mayúsculas y dibujadas con admirable seguridad,

Este preciado manuscrito que formó parte de la biblioteca de Carlos I, como lo demuestra una inscripción de su propia mano en el folio 493, fué obra de un monje, pues en el mismo folio vuelto aparece su firma, que dice así: «Magister Benardinus de Mutiva fecit».

En códices de Caligrafía policroma son escasos los monumentos que en España se encuentran que puedan atribuirse al pueblo visigodo y la mayoría de los hallados es posterior a Recaredo, por la orden que dió de destruir los documentos religiosos de la época arriana. La policromía que tanto impulso había adquirido en Oriente, tuvo escasa aplicación en las arquitecturas griega y romana durante su esplendor.

En algunos conventos en esa época se ejecutaron también composiciones caligráfico-policroma en libros de rito, por lo general, que se caracterizan por la escasez de miniaturas, y por el entrelazado de hojas y adornos en las letras capitulares, notándose la influencia oriental en los códices posteriores al siglo VIII y con ella el buen gusto que duró hasta el siglo X.

A partir de esta época y sin duda alguna merced a la corriente bizantina que duró en el arte policrómico más de tres siglos, y que tampoco favoreció sus producciones, aparece la verdadera miniatura representativa de costumbres y pasajes bíblicos, siendo muy difícil de encontrar los nombres de los autores que a ello se dedicaban, conocidos tan sólo en casos excepcionales por la fórmula adoptada por los copistas al solicitar del lector una oración por su alma.

A. DELGADO CASTILLA

